

**TEORIA  
Y  
METODOLOGIA  
DEL  
CONOCIMIENTO**

**JORGE NUÑEZ JOVER**

**TEORIA  
Y  
METODOLOGIA  
DEL  
CONOCIMIENTO**

**JORGE NUÑEZ JOVER**

**DEPARTAMENTO MATERIALISMO DIALECTICO  
FACULTAD FILOSOFIA E HISTORIA  
UNIVERSIDAD DE LA HABANA**

**MINISTERIO DE EDUCACION SUPERIOR**

LA HABANA, 1989



En la edición de este libro trabajaron los editores Lic. Fermín Romero Alfau, Lic. Magaly López Ramos, Lic. Mayra del Aguila Muñiz, Ing. Carlos Hermida Laffitte y Lic. Ismael S. Albelo Oti; el diseñador Ramón Jimenez Sánchez; las compositoras Herminia Martín Santos y Yohanka Morejón Rivero; y el corrector Héctor Bellver Alvarado.

© Jorge Nuñez Jover, 1989

© Sobre la presente edición  
Ediciones ENPES, 1989

Ediciones ENPES  
San Miguel no. 1111 esq. Masón  
Vedado, La Habana, Cuba.

Asimismo, hemos hecho hincapié en la vinculación estrecha que existe entre las tareas de la gnoseología marxista-leninista y el despliegue de una concepción científica del mundo. El hombre como sujeto de la práctica revolucionaria debe incorporar a su cosmovisión una determinada concepción sobre el conocimiento. A ella le corresponde un importante papel en la lucha contra el idealismo, el misticismo, el agnosticismo y el dogmatismo.

En la elaboración de esta parte del libro colaboraron diferentes compañeros. El aspecto II.7 fue redactado por los profesores Jorge L. Villate y Marianela Candelaria; Emilio Ichikawa realizó un trabajo de selección con las obras de los clásicos del marxismo-leninismo que nos fue de mucha utilidad. Por ser uno de los aspectos menos trabajados en la literatura de que disponemos en idioma español, el profesor José R. Fabelo preparó el epígrafe II.17, donde profundiza en la relación conocimiento-valoración tratada de modo muy escueto en el II.2.

El desarrollo del curso exige presentar a los estudiantes algunos temas básicos de metodología del conocimiento científico a los cuales se destina el tercer capítulo del libro. De modo resumido se presentan allí conceptos e interpretaciones que modelan en líneas generales los fundamentos de una interpretación marxista-leninista del proceso de la investigación científica. Considerando que el problema de la correlación entre evolución y revolución en el desarrollo del conocimiento científico ha sido objeto de un intenso debate entre filósofos e historiadores de la ciencia, consideramos conveniente incluir aquí un artículo de V. Naydish y V. Radzhabov "Acerca de los fundamentos de las revoluciones científicas" publicado en el número 5 de la revista *Ciencias Filosóficas* (Moscú, 1982) y cuya traducción se debe al compañero Vicente E. Carrión.

Resulta, sin embargo, que el campo de la metodología (Epistemología, filosofía de la ciencia) ha sido terreno de enconados debates teóricos e ideológicos, por lo que es importante entonces conocer las mutaciones que el pensamiento no marxista ha experimentado en las últimas décadas y el significado que ello tiene para la afirmación y el desarrollo de la concepción dialéctico-materialista de la ciencia. Por esta razón el libro termina con un breve estudio de algunas de las transformaciones operadas en la filosofía burguesa de la ciencia en las últimas décadas. Este material fue escrito por la profesora María de Lourdes Alonso y con ella colaboraron los profesores Marisela Fleites y Emilio Ichikawa, así como Luis Mendoza, estudiante de quinto año de la Licenciatura en Filosofía Marxista Leninista.

Es necesario subrayar los límites de este libro. Su pretensión no es satisfacer todas las exigencias bibliográficas del curso. Pretende tan sólo delinear en sus trazos más gruesos los caminos que el estudiante debe recorrer con cierta independencia mediante la consulta de otros textos, monografías y artículos.

- II.15.1. El sensualismo / 101
- II.15.2. El racionalismo / 104
- II.15.3. Sobre las formas de lo sensorial y lo racional / 107
- II.15.4. Contra el sensualismo y el racionalismo / 115
- II.16. La concepción marxista-leninista de la verdad / 119
- II.16.1. Sobre su importancia teórica e ideológica / 119
- II.16.2. Objetividad científica y lucha de clases / 120
- II.16.3. La categoría de verdad / 123
- II.16.4. La categoría de verdad en la filosofía marxista-leninista / 126
- II.16.5. La dialéctica de lo objetivo y lo subjetivo en la verdad / 129
- II.16.6. Lo absoluto y lo relativo en la verdad. Verdad y error / 131
- II.16.7. El carácter concreto de la verdad / 140
- II.16.8. La práctica como criterio de la verdad / 141
- II.16.9. La gnoseología marxista-leninista en la lucha por el socialismo.  
A modo de conclusiones / 147

**II.17. Profundización en el problema de la interrelación entre la valoración y el conocimiento / 150**

Notas / 162

**III. Introducción a la metodología del conocimiento científico**

- III.1. Sobre la concepción marxista-leninista de la ciencia / 171
  - III.2. Internalismo, externalismo y marxismo / 176
  - III.3. Método y metodología / 177
  - III.4. Las formas del conocimiento científico / 181
  - III.5. Nivel empírico y nivel teórico / 184
  - III.6. Los métodos del conocimiento científico / 189
  - III.7. Acerca de los fundamentos de las revoluciones científicas / 195
- Notas / 211

**IV. Tendencias y crisis en la filosofía burguesa de la ciencia**

- IV.1. La crisis de la filosofía positivista / 213
  - IV.2. Evolución, revolución y dinámica del conocimiento científico / 217
  - IV.3. Filosofía y desarrollo de la ciencia: la "rehabilitación de la metafísica" / 227
  - IV.4. "Racionalidad" y contexto sociocultural / 231
  - IV.5. ¿Verdad objetiva? / 242
  - IV.6. Las tendencias actuales y lo que ellas significan / 246
- Notas / 248

**Bibliografía / 253**

sándola. El hombre que construye el socialismo participa de la práctica revolucionaria y debe comprender que es en relación con esta que debe orientar su actividad cognoscitiva. El socialismo necesita de conocimientos y por ellos debemos luchar incansablemente.

## II.17. Profundizando en la interrelación entre la valoración y el conocimiento

El análisis dialéctico-materialista del proceso de conocimiento exige cada vez de manera más evidente el establecimiento de los nexos que unen a este proceso con la actividad valorativa de la conciencia humana. Ya hoy es difícil encontrarse con textos dedicados a los problemas de la gnoseología marxista-leninista que no aborden directa o indirectamente la interrelación del conocimiento con los procesos valorativos. Esto, por supuesto, no es un hecho casual. Se trata de la concreción teórica de la tesis general del marxismo acerca del condicionamiento socio-cultural y práctico de la actividad cognoscitiva del hombre, de su vínculo con las exigencias objetivas del desarrollo social y, en consecuencia, con las necesidades e intereses del sujeto cognoscente que en gran medida son expresión de dichas exigencias.

Es un hecho reconocido ya ampliamente que en el proceso de reproducción ideal del mundo que rodea al hombre, este no sólo refleja los objetos tal y como ellos son con independencia de sus necesidades e intereses, sino que además los enjuicia desde el ángulo de la significación que para él estos objetos poseen, es decir, los valora positiva o negativamente. Por cuanto el sujeto de la valoración coincide con el sujeto del conocimiento, es incuestionable que entre los procesos cognoscitivos y valorativos se establece una relación de condicionamiento mutuo. Indagar en qué consiste esa interrelación es el objetivo del presente trabajo.

Ante todo, nos parece necesario establecer la diferencia entre dos conceptos que, debido a su estrecha relación y raíces etimológicas comunes, muy frecuentemente se confunden. Nos referimos a los conceptos de *valor* y *valoración*.

Es indudable la existencia de nexos estrechos entre estos dos conceptos, así como entre los contenidos que ellos reflejan. Sin pretender dar una definición exacta, podemos entender por valor la propiedad funcional de los objetos consistente en su capacidad (o posibilidad) de satisfacer determinadas necesidades humanas y de servir a la actividad práctica del hombre. Valor es la significación socialmente positiva que adquieren estos objetos y fenómenos al ser incluidos en el proceso de actividad práctica humana. Los términos *socialmente* y *positiva* pretenden delimitar las fronteras del contenido de este concepto. No se trata de cualquier significación, sino de la significación positiva,<sup>255</sup> no para cualquier individuo tomado aisladamente, sino para la sociedad en su conjunto, para su desarrollo progresivo. Quiere decir que, así entendido, el valor adquiere

una dimensión social y a la vez objetiva, puesto que él depende no de los gustos, deseos e inclinaciones subjetivas de un individuo aislado, sino de las necesidades objetivas del desarrollo social.

En esto precisamente se diferencia el valor de la valoración. Esta última si pertenece al sujeto, depende de sus necesidades, gustos, deseos e inclinaciones y, en este sentido, es subjetiva; lo cual no niega la posibilidad (y hasta cierto punto, la necesidad) de que ella posea un contenido objetivo y esté socialmente condicionada. El valor, por sí mismo, no puede ser ni verdadero ni falso; él es objetivo y no depende directamente de la actividad cognoscitiva o valorativa del hombre, sino que está determinado por el lugar que ocupa el objeto en el sistema objetivo de relaciones sociales. Verdadero o falso puede ser sólo su reflejo en la conciencia del hombre. Como plantea L. N. Stolobich: "La diferencia entre valor y valoración consiste en que el valor es objetivo, ya que se forma en el proceso de la práctica histórico-social (...) La valoración, por su parte, es expresión de la relación subjetiva con el valor y por eso puede ser verdadera (si se corresponde con el valor) y falsa (si no se corresponde con él)".<sup>256</sup> Por lo tanto, es necesario diferenciar los valores reales, objetivamente existentes, de aquellos que son tomados como tales a causa de la actividad valorativa del hombre y que muchas veces hace pensar en el carácter subjetivo de los primeros.

Por supuesto, esto no quiere decir que en valor puedan convertirse sólo los objetos y fenómenos de la realidad objetiva. También determinadas ideas, hipótesis, teorías, normas o ideales pueden adquirir una significación social positiva y, por consiguiente, ser valores. Pero una cosa es el valor de una idea (que no depende de las necesidades e intereses de quien la produce, sino de la repercusión social de la misma, de su significación para la sociedad) y otra la valoración de esa misma idea o de cualquier otro objeto o fenómeno (que si depende de las necesidades, intereses, deseos o gustos del sujeto que valora). En el primer caso, a pesar de estar ante la presencia de productos ideales de la conciencia humana (obviamos aquí las diversas formas de su materialización), el valor de estos productos sigue siendo tan objetivo y tan independiente de las inclinaciones subjetivas de cualquier hombre aislado (incluyendo a su propio productor), como el valor de cualquier objeto o fenómeno de la realidad material. En el segundo caso se trata de la interpretación subjetiva, acorde con las necesidades e intereses del sujeto, de la significación que para él posee el fenómeno valorado. Esto, claro está, no niega la posibilidad de que la valoración refleje acertadamente el valor y que, en este sentido, coincida con él. Incluso la propia valoración puede convertirse en valor, es decir, un mismo juicio valorativo puede ser a la vez valoración y valor, pero también aquí como resultado de nexos diferentes: valoración en tanto constituye un reflejo subjetivo de significación, valor en tanto adquiere ella misma una significación social.

Luego de esclarecer un tanto la diferencia entre los conceptos de valor y valoración, concentremos nuestra atención ahora en la naturaleza de esta última y en su necesario vínculo con el conocimiento.

La valoración representa un complejísimo proceso de la conciencia humana que depende de los más disímiles factores tanto de carácter objetivo como subjetivo. En ella encuentran expresión la significación social del objeto, las necesidades, intereses y objetivos del sujeto, sus procesos afectivos y emocionales, su experiencia acumulada, etcétera. Especial influencia sobre la valoración ejerce el proceso de conocimiento.

El hecho de que la valoración constituya la expresión subjetiva de la significación que poseen los objetos y fenómenos del mundo circundante para nuestra vida y actividad, presupone que en forma de valoración se produzca, por un lado, el reflejo de los intereses y necesidades del sujeto, y por otro, la asimilación de las propiedades naturales y sociales de estos objetos y fenómenos. Y precisamente el conocimiento es aquel proceso mediante el cual el conjunto de las propiedades del objeto (su ser) se reproduce idealmente en nuestra conciencia. Quiere decir que el conocimiento del objeto es condición necesaria para su valoración. Si el hombre no conoce, al menos superficialmente, las propiedades de un determinado fenómeno, no puede emitir una valoración sobre él. Por lo tanto no existe ni puede existir la valoración "pura" sin ningún nexo que la una con el conocimiento.

Por su parte, el reflejo cognoscitivo de la realidad siempre está condicionado directa o indirectamente por los procesos valorativos. El hombre no es un espejo que reproduce con absoluta indiferencia al mundo existente fuera de él, sino que es un ser vivo, activo, creador. El conocimiento constantemente se hace acompañar de la interpretación y de la valoración por parte del hombre, del objeto de su conocimiento.

En esto consiste, en esencia, el fundamento de la estrecha relación existente entre conocimiento y valoración. Sin embargo, para la comprensión más profunda del nexo recíproco entre estos procesos es necesario abstraerse inicialmente de su *interrelación* y analizar *por separado* la influencia de cada uno de ellos sobre el otro.

El problema acerca de la relación que la valoración guarda con el conocimiento ha sido objeto de una aguda lucha ideológica entre los filósofos marxistas y los representantes del pensamiento burgués contemporáneo. En la filosofía burguesa durante mucho tiempo ha estado extendida la idea de que la valoración y el conocimiento constituyen procesos diametralmente opuestos que no poseen entre sí ningún vínculo de unión. Sobre esta base se intenta demostrar la incompatibilidad de la ciencia, basada naturalmente en el conocimiento, con tales formas valorativas de la conciencia como la ideología política, la moral y la conciencia estética.<sup>257</sup>

En contraposición a la filosofía burguesa, para los investigadores marxistas es de reconocimiento general el hecho de que entre la valoración y el conocimiento existen nexos estrechos, que ellos interactúan constantemente en el proceso de reflejo de la realidad objetiva por el hombre. Si en la filosofía burguesa la dicotomía "conocimiento-valoración" adquiere la forma o de confrontación radical o de total fusión y dilución (como esto ocurre en el pragmatismo, donde la veracidad del conocimiento se identifica con su utilidad, con su valor),<sup>258</sup> la teoría dialéctico-materialista contiene ya en su fundamento un principio rector para la comprensión científica de la dialéctica de la interrelación de estos procesos: el principio del condicionamiento histórico-social y práctico del reflejo de la realidad en la conciencia del hombre.

La negación del contenido valorativo del conocimiento parte de la comprensión de este último como un proceso puramente contemplativo, del divorcio entre la relación teórica del hombre con el mundo y la práctica. Por su parte, el conocimiento humano no se reduce, ni mucho menos, al reflejo gnoseológico abstracto del objeto con independencia de las necesidades del sujeto. El sujeto cognoscente está poseído no sólo de la capacidad para el reflejo cognoscitivo, sino además de sentimientos, pasiones, voluntad, que expresan determinados intereses y necesidades y que condicionan el proceso de conocimiento de la realidad.

La significación de la actividad valorativa para el conocimiento tampoco se reduce a la interpretación de los resultados de este desde el ángulo de los intereses y necesidades de la sociedad. Desde su mismo comienzo el proceso cognoscitivo está condicionado por aquellos fines que la práctica social se plantea alcanzar. En el proceso de interacción con los objetos y fenómenos del mundo exterior el hombre descubre sus propiedades ocultas. Pero él no puede reproducir de una vez todas las propiedades y cualidades de los objetos. La realidad siempre será más rica que los conocimientos que el hombre posea acerca de ella. Por eso el proceso de reproducción cognoscitiva del mundo objetivo se distingue por su carácter selectivo. El hombre no puede conocer toda la realidad de una vez, pero puede reproducir y asimilar aquellos aspectos del mundo circundante que, en la etapa dada del desarrollo histórico, son para él importantes y poseen una significación práctica. El conocimiento supone, por tanto, una actividad que a la vez que permite al sujeto alcanzar una información nueva, valora a esta como significativa para la satisfacción de alguna necesidad o para la realización de algún objetivo.

Quiere decir que el conocimiento es siempre valorativo. Como escribiera V.I. Lenin, no se puede estudiar el verdadero estado de las cosas sin enjuiciarlo, sin valorarlo.<sup>259</sup> Sin embargo, la porción de contenido valorativo del conocimiento no constituye una constante. Ella cambia en dependencia del carácter de la relación que guarda el objeto del reflejo cognoscitivo con las necesidades y fines del sujeto cognoscente, de la medida en

que el mismo responda a dichas necesidades. Es imposible no ver, en este sentido, la diferencia entre el conocimiento de los fenómenos sociales y el conocimiento científico-natural.

El conocimiento social se caracteriza porque su objeto está directamente vinculado con los intereses y necesidades del hombre, ya que las leyes sociales se realizan siempre a través de la actividad consciente e interesada de los hombres. Por eso los resultados del tal conocimiento necesariamente afectan, en una u otra medida, los intereses del individuo, de los grupos sociales, de las clases, y posee para ellos consecuencias prácticas directas. Debido a esto en el conocimiento de los fenómenos sociales el componente valorativo se presenta de manera evidente, clara, sin lugar a dudas; el mismo se expresa abiertamente en el carácter partidista de tal conocimiento. "Conocer el objeto social -escriben G.G. Kirilienko y E. V. Schevtsov- significa descubrir todos sus nexos funcionales y genéticos, correlacionar los fenómenos sociales aislados con el todo social y, al mismo tiempo, explicarlos científicamente, descubrir su génesis, esencia y funciones. Pero esto no es más que el esclarecimiento de su significación social, su valor objetivo para la sociedad. Y por cuanto el científico es no sólo el sujeto del conocimiento científico, sino también el sujeto de la conciencia valorativa, pasar a la cognición científica de los fenómenos sociales es imposible pasando por alto las formas de la conciencia valorativa, las cuales... pueden servir de estímulo en el conocimiento científico o convertirse en un freno para el mismo."<sup>260</sup>

A diferencia del conocimiento de los fenómenos sociales, en el conocimiento científico-natural la valoración se presenta de forma no evidente; se esconde bajo la intención del científico de lograr una máxima objetividad, para que lo objetivo no sea confundido con lo subjetivo-personal. Esta intención está, por supuesto, plenamente justificada. A pesar de que aquí también el componente subjetivo-personal desempeña un papel nada despreciable, este no debe ser incluido en los resultados de la actividad científico-cognoscitiva, es decir, en las leyes, teorías, fórmulas, conceptos, categorías científicas, etcétera. Pero esto no quiere decir que en el proceso cognoscitivo científico-natural el momento valorativo pueda en general estar ausente. Es necesario diferenciar el proceso de conocimiento de su resultado, el cual constituye sólo un momento de este proceso. En el conocimiento tomado como proceso la relación valorativa con la realidad no puede dejar de estar presente. Ya el hecho mismo de que este conocimiento está condicionado por las necesidades del desarrollo de la producción o la cultura en su conjunto demuestra que en él está incluido el componente valorativo.

En este punto es necesario aclarar que la presencia de un momento subjetivo, valorativo, en el conocimiento, no necesariamente conduce a un reflejo desfigurado del mundo que nos rodea. A veces por "subjetivo" se entiende sólo la reproducción falsa, tergiversada de la realidad. Sobre esta base surge la idea de que en nombre de la verdad es necesario elimi-

nar en general lo subjetivo del conocimiento. Pero a la par de este significado (como reflejo falso de la realidad), el concepto "lo subjetivo" puede servir como expresión del sencillo hecho de que el conocimiento se realiza por el sujeto, el cual no puede dejar de expresar sus necesidades y demandas en el propio proceso cognoscitivo, ya que el sujeto no es un ser abstracto, sino un hombre concreto que se introduce en el proceso de conocimiento en aras de determinados intereses y fines. El conocimiento es subjetivo desde el mismo momento en que él no puede existir independientemente del hombre y de su sujeto portador. Esto significa que en toda actividad cognoscitiva están presentes determinados momentos que no están dados directamente por el objeto reflejado, sino que están condicionados por el mundo subjetivo del hombre, por su experiencia, sus intereses e inclinaciones. Cuando hablamos del contenido valorativo del proceso cognoscitivo tenemos en cuenta lo subjetivo no como reflejo desfigurado de lo objetivo, sino como la presencia en el reflejo cognoscitivo de un determinado contenido que expresa las necesidades y fines del sujeto, que a su vez están determinados por las condiciones objetivas de su existencia y por las particularidades de la época histórica dada. Afirmando que *El capital* de Marx constituye uno de los modelos más admirables de investigación objetivamente verdadera, Lenin señaló: "Y sin embargo, en pocos tratados científicos se encontrará tanto 'corazón', tantas agudezas polémicas mordaces y apasionadas contra los representantes de concepciones atrasadas, contra los representantes de clases sociales que, a juicio del autor, frenan el desarrollo social."<sup>261</sup>

Por supuesto, en la historia de la sociedad de clases el elemento subjetivo valorativo del conocimiento puede intervenir como una deformación consciente o inconsciente de la verdad. Esto tiene lugar, por ejemplo, en la ideología y la sociología burguesa, en cuyo contenido se pone de manifiesto la incompatibilidad de los intereses y fines de la burguesía con el conocimiento verdadero de las leyes objetivas del desarrollo social. Sin embargo, la incompatibilidad real existente entre la subjetividad y la veracidad del conocimiento en la ideología y la sociología de las clases reaccionarias explotadoras en ningún modo puede ser generalizada para el conocimiento en su totalidad. Es cierto, el conocimiento puede basarse en una valoración inadecuada, falsa. En tal caso el momento valorativo o subjetivo del conocimiento debe convertirse en un obstáculo para el reflejo adecuado del objeto. Pero si la valoración es verdadera, ella no sólo no obstaculiza el conocimiento verídico de la realidad, sino que, por el contrario, lo favorece, se convierte en su premisa necesaria.

Quiere decir que en el propio contenido del proceso del conocimiento están estrechamente unidos dos aspectos: el objetivo (representado por el conocimiento en el sentido propio o estrecho de la palabra, es decir, el reflejo de contenido de las propiedades objetivas de los fenómenos) y el subjetivo (dado en la valoración como expresión de las necesidades sociales y del condicionamiento social del conocimiento).

Todo lo hasta aquí planteado nos muestra por qué la valoración no puede ser abstraída del proceso de conocimiento. Sin embargo, en el análisis de la influencia de los factores valorativos sobre el conocimiento, es necesario ser cuidadoso, no caer en el otro extremo vinculado con la absolutización del papel del factor subjetivo en el proceso cognoscitivo. Tal absolutización es característica para una tendencia relativamente nueva en la filosofía burguesa contemporánea, representada por la concepción socio-psicológica del conocimiento. El prólogo a esta nueva tendencia fue aportado por la obra del historiador norteamericano de la ciencia T. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (1962). Kuhn, en particular, afirma que el factor decisivo en el surgimiento de las revoluciones científicas lo constituyen el consenso o acuerdo de la comunidad correspondiente de científicos. Por eso, en opinión de Kuhn, para descubrir cómo ocurren las revoluciones científicas es necesario analizar también "la efectividad de la técnica de convencimiento en el grupo correspondiente que compone la comunidad de científicos."<sup>262</sup>

Ciertamente, el estudio de la personalidad del científico o de las características de la comunidad de científicos, de sus inclinaciones, gustos, costumbres, intereses, representa una condición necesaria del conocimiento de las regularidades de la creación científica. Sin embargo, la absolutización de estos factores inevitablemente conduce a la relativización de todo conocimiento, a la negación de la verdad objetiva, conduce en última instancia al subjetivismo. "En la actualidad —escriben A.M. Korchunov y V.V. Montatov—, en la concepción convencionalista del conocimiento ocupa un lugar importante la absolutización de las premisas valorativas de la búsqueda científica(...) Las premisas valorativas de la búsqueda científica no pueden negarse. Pero analizar los valores de la conciencia (primordialmente de carácter psicológico) en calidad de criterio fundamental de la elección de las teorías, como hace T. Kuhn, significa caer en el subjetivismo y el irracionalismo."<sup>263</sup>

A pesar de toda la importancia de los factores subjetivo-valorativos en el proceso cognoscitivo, el elemento principal, determinante de la investigación científica, lo constituye el propio reflejo cognoscitivo (de contenido) de la realidad, el análisis objetivo de los hechos. Al científico "que trata de adaptar la ciencia a aquel punto de vista que es tomado no de la propia ciencia (por mucho que esta se equivoque) —escribe Marx—, sino desde fuera, a aquel punto de vista que es dictado por intereses ajenos y externos a ella, a tal hombre yo lo llamo 'bajo'"<sup>264</sup> Quiere decir, que independientemente de las formas históricas y socialmente concretas que se presente el objeto del conocimiento, siempre serán sus propios rasgos, funciones, relaciones y otras características suyas (independientemente de la conciencia del sujeto), las que constituyan el principio rector y determinante en la relación cognoscitiva.

Todo esto indica que el reconocimiento de la relativa autonomía del proceso cognoscitivo es no sólo posible, sino también necesaria dentro de

determinados marcos. El error radica en la absolutización de dicha autonomía que condujo en la época de la ciencia clásica a la creencia de que la "superación" (o eliminación) del sujeto era una condición necesaria para la obtención de la verdad. Si en la ciencia clásica tal principio metodológico estaba históricamente justificado, ya en la actualidad, con la transformación radical del lugar y papel de la ciencia en la sociedad, dicho principio resulta extremadamente limitado. En nuestros días cada vez se siente con más fuerza la necesidad de complementar el enfoque lógico-gnoseológico abstracto del conocimiento con el enfoque sociológico, valorativo, que permita descubrir la influencia de los valores socio-culturales, de las representaciones valorativas del sujeto y, en general, de la actividad práctico-material de los hombres en el proceso cognoscitivo.

El estrecho vínculo existente entre la valoración y el conocimiento se pone también de manifiesto al analizar la relación inversa de este último hacia aquella, es decir, la influencia del proceso cognoscitivo sobre la actividad valorativa. El reflejo valorativo presupone siempre una información acerca del estado fáctico, y esto significa que el conocimiento no sólo precede a la valoración y la condiciona, sino que al mismo tiempo forma parte de su contenido, constituye su fundamento gnoseológico. La valoración está llamada a expresar no sólo la relación del sujeto con el objeto valorado, sino además las propiedades de este objeto a través del prisma de la relación que con él guarda el sujeto. Por consiguiente, el reflejo de las necesidades, intereses, fines, y en su conjunto, del mundo subjetivo del hombre, es sólo una de las premisas necesarias de la valoración. La segunda premisa está dada por un determinado conocimiento de las propiedades objetivamente inherentes al fenómeno valorado. Si la valoración es el reflejo de la significación (lo cual implica el establecimiento del nexo entre el objeto con sus propiedades y el sujeto con sus necesidades), entonces las propiedades del objeto tienen tanto derecho a ser consideradas parte del contenido del reflejo valorativo como las propias necesidades del sujeto, las cuales por sí mismas carecen de sentido si no están dirigidas a un objeto determinado. Precisamente por esto resulta imposible desprender a la valoración del conocimiento, ya que sólo el conocimiento de las cosas permiten a estas convertirse en objeto del reflejo valorativo.

Al hecho de que en la base de la valoración descansa el reflejo cognoscitivo de la realidad prestaron atención reiteradamente los clásicos del marxismo-leninismo. "Si queremos enjuiciar —escribe C. Marx— con arreglo al principio de la utilidad, todos los hechos, movimientos, relaciones humanas, etcétera, tendremos que conocer ante todo la naturaleza humana en general y luego la naturaleza humana históricamente condicionada por cada época."<sup>265</sup> En varias de sus obras V.I. Lenin señala que el punto de partida de toda valoración debe ser el análisis de las condiciones objetivas y la correspondencia de nuestras representaciones con la realidad. Así tenemos que en el trabajo *Contribución a la caracteri-*

*zación del romanticismo económico*, escribe: "Cuando se comprende que un fenómeno es necesario, se adopta, cómo es natural, una actitud completamente distinta respecto a él y se aprende a valorar sus diferentes aspectos."<sup>266</sup> El mismo sentido poseen las siguientes palabras suyas tomadas del artículo "*Apreciación de la revolución rusa*": "Para evaluar la revolución con un criterio marxista de verdad, desde el punto de vista del materialismo dialéctico, hay que enjuiciarla como una lucha de fuerzas sociales vivas que han sido colocadas en determinadas condiciones objetivas, actúan de una manera determinada y aplican con más o menos éxito determinadas formas de lucha. Puesto en el terreno de este análisis y, por supuesto, sólo en él, es oportuno, más aún, es indispensable que el marxista evalúe, también el aspecto técnico de la lucha, los problemas técnicos de la misma."<sup>267</sup>

Por último, al analizar la valoración de la primera guerra imperialista mundial, V.I. Lenin afirmaba que "no es posible hacer una apreciación histórico-concreta de la guerra actual si no se toma como un análisis completo de la naturaleza del imperialismo tanto en su aspecto económico como político."<sup>268</sup> Todos estos razonamientos de los clásicos del marxismo, a pesar de que en lo fundamental se refieren a la valoración de los acontecimientos históricos concretos, poseen plena vigencia para el análisis de cualquier tipo de valoración. Ellos muestran el necesario fundamento cognoscitivo de la relación valorativa con la realidad. Es más, como puede concluirse de las palabras de C. Marx y V.I. Lenin, la valoración correcta y científica exige no sólo un determinado fundamento gnoseológico, sino la revelación multilateral de la esencia del objeto.

La influencia del conocimiento sobre la actividad valorativa se realiza no sólo a través del contenido cognoscitivo de la propia valoración, sino también a través de otras formas más mediatas de interacción entre ambos procesos. Dentro de ellas pueden ser señaladas las siguientes:

1. La valoración en gran medida depende del objeto que ella en última instancia refleja: la significación social del fenómeno valorado, su valor (en el caso de que esta significación social sea positiva). Tanto la significación social en general, como los valores en particular, cambian, se desarrollan, son mutables. Cada uno de estos cambios repercuten en la forma en que ellos son valorados en la conciencia de los hombres. Y uno de los factores que provoca dichos cambios es precisamente el conocimiento. A pesar del carácter objetivo de los valores, ellos siempre se corresponden con el nivel de desarrollo alcanzado por el conocimiento humano. Los valores son, por lo general, creados por el trabajo social. En el proceso de creación de los valores materiales y espirituales el hombre actualiza y plasma en forma de objeto determinados conocimientos que él posee y de los cuales en mucho depende el nivel de significación de los objetos creados. Pero además, muchos objetos y fenómenos que potencialmente poseen una gran significación para el hombre no adquieren función social y, en corresponden-

cia, no se convierten en valores reales y actuantes hasta que el hombre no los conoce, es decir, hasta que no descubre sus propiedades. El desarrollo de la ciencia constantemente provoca la aparición de nuevos valores, cuya conscientización exige, en muchas ocasiones, la salida de los marcos del nivel de desarrollo alcanzado por la actividad valorativa. La conciencia moral y jurídica, pongamos por ejemplo, se ve en dificultades para valorar, en su estado actual, determinados logros en la esfera de la biología y la medicina. Las posibilidades reales de los trasplantes de órganos, los nacimientos de niños "de probeta" y la ingeniería genética plantean de manera muy aguda, como escribiera I.I. Frolov, "las cuestiones acerca de los fundamentos sociales y biológicos (genético-evolucionistas) de la ética, acerca de una ética especial del conocimiento y de su nexo con los valores éticos generales de la humanidad."<sup>269</sup> Quiere decir que el propio surgimiento (y también el desarrollo) de los valores está condicionado por los conocimientos de la humanidad, los cuales de esta forma influyen, aunque de manera indirecta (a través de su plasmación en los productos del trabajo), en la actividad valorativa del hombre.

2. El conocimiento ejerce también su influencia sobre la valoración del sujeto a través de sus necesidades, intereses y fines. Estos últimos, como es conocido, en gran medida se determinan por los conocimientos que posee el sujeto. El creciente dominio del hombre sobre la naturaleza y la sociedad y el conocimiento de sus leyes crea, cada vez, nuevas y nuevas necesidades. La nueva necesidad adquirida estimula el ulterior y más profundo conocimiento de la realidad, el cual, a su vez, genera nuevas necesidades, y así sucesivamente. Este proceso dialéctico de condicionamiento mutuo del conocimiento y las necesidades constituye la base para el desarrollo de la actividad valorativa, debido a que la valoración, en cualquiera de sus formas, expresa el estado de las necesidades del sujeto.
3. Por último, al formular una valoración, el hombre por regla general compara el objeto valorado con determinado patrón o estándar. La elección del patrón de comparación depende del carácter de la concepción del mundo del sujeto, de sus ideales, normas, puntos de vista y conocimiento. De ahí que los resultados del reflejo cognoscitivo de la realidad condicionen, junto a otros factores, los estándares escogidos por el sujeto y utilizados por él en la valoración del mundo objetivo.

De tal forma, el conocimiento desempeña un enorme y multifacético papel en el reflejo valorativo de la realidad. Su influencia sobre la valoración se realiza por diferentes mecanismos: a través del contenido cognoscitivo de la propia valoración; a través de los conocimientos encarnados en el objeto del reflejo valorativo; por medio de la interacción dialéctica del conocimiento con las necesidades que descansan en su base; por medio de la elección de los estándares con los cuales se compara el objeto valorado y que dependen, en particular, de los conocimientos que

el sujeto posee. Todo esto nos permite comprender por qué es incorrecta la contraposición absoluta que muchos filósofos burgueses proclaman al analizar la relación valoración-conocimiento. Pero además de lo analizado se desprende que la correlación entre estos procesos no se limita a su interacción externa. El conocimiento es no sólo condición de la valoración, sino que además forma parte de su contenido, constituye su fundamento. La valoración siempre contiene en sí determinado componente gnoseológico que expresa aquellas propiedades de los fenómenos objetivos que hacen a estos significativos para la actividad humana.

El estrecho vínculo que con la valoración guarda el conocimiento no debe inducirnos a la idea (a veces esbozada por algunos autores marxistas) de que el reflejo valorativo constituye simplemente una forma más de conocimiento de la realidad. Con esto se pierde de vista la relativa, pero real diferencia entre ambos procesos, lo cual tiene en su base el no reconocimiento de la existencia de formas no cognoscitivas de reflejo en la conciencia humana. Ya los clásicos del marxismo, en distintos pasajes de sus obras, constataron la presencia en la conciencia del hombre de un determinado contenido que no se reduce al conocimiento. Así tenemos que C. Marx, al analizar las formas artística y religiosa de la conciencia, señala un modo de asimilación de la realidad diferente al teórico-cognoscitivo: el "práctico-espiritual".<sup>270</sup> Este señalamiento de C. Marx muestra, por un lado, que el hombre refleja la realidad no sólo cognoscitivamente, sino también desde el punto de vista de sus fines prácticos y, por el otro, que tal modo de asimilación de la realidad incluye en sí su valoración, ya que sólo esta brinda la posibilidad de conscientizar la correlación de la realidad objetiva con las necesidades humanas, lo que constituye una condición necesaria de la actividad práctica de los hombres. En el mismo sentido pueden ser interpretadas las siguientes palabras de V.I. Lenin tomadas de *Cuadernos filosóficos*: "La idea es conocimiento y aspiración (volición) (del hombre)(...)."<sup>271</sup> Al analizar estas palabras de V.I. Lenin, M.V. Diomin justamente señala "que la 'aspiración (volición)' del hombre expresa la actividad valorativa de la conciencia humana sobre la base del conocimiento de las propiedades objetivas de la realidad."<sup>272</sup>

En resumen podemos decir que la correcta comprensión de la interrelación entre la valoración y el conocimiento no admite, por un lado, la absolutización de la independencia de estos procesos, como si entre ellos existiesen sólo nexos externos y carentes de contenido, y por otro, la reducción de la valoración al conocimiento en el sentido de la coincidencia total de su contenido con el reflejo gnoseológico de la realidad. La valoración contiene un componente cognoscitivo, pero no se reduce a él. Al mismo tiempo, como ya fue dicho, determinados elementos cognoscitivos entran siempre a formar parte del contenido del conocimiento. Valoración y conocimiento siempre están presentes y siempre interactúan en el proceso de reproducción ideal del mundo material. El reflejo de la realidad no puede realizarse sólo en forma cognoscitiva o sólo en

forma valorativa; él siempre presupone una relación sujeto-objeto en el curso de la cual tiene lugar no sólo la reproducción ideal del objeto, sino además el reflejo de determinados aspectos del sujeto. Tal es, a nuestro juicio, el mecanismo fundamental de interacción de la valoración y el conocimiento. Con esto, por supuesto, aún no se descubre la variedad de formas de su correlación, la cual posee un carácter específico en cada caso concreto. Ella se manifiesta de diferente forma en las ciencias naturales y sociales, en el arte y en la conciencia moral, en la religión y la filosofía. Sin embargo, en cada esfera actúa el mecanismo de unidad descrito entre valoración y conocimiento.

- 252 Esto se aprecia en la obra *Veritas*, de G. Kursanov. Ver especialmente la p. 198 y siguientes.
- 253 F. Engels: *Dialéctica de la naturaleza*. Ob. cit., p. 131.
- 254 P.V. Koppin: *Lógica dialéctica*. Ob. cit.
- 255 Es necesario aquí aclarar que existen autores dentro de la filosofía marxista-leninista que reconocen el status de valor también para los fenómenos con significación negativa. No tenemos aquí la posibilidad de detenernos a analizar críticamente este punto de vista. Sólo señalaremos que tal opinión no es la más generalizada y que sus argumentos han sido objeto de crítica en varias obras dedicadas al tema (ver por ejemplo: de A.I. Japsirokov: *Reflejo y valoración*. Gorki, 1972, en ruso).
- 256 L.N. Stolobich: "La naturaleza valorativa de la categoría de lo bello y la etimología de las palabras que expresan esta categoría," en el libro *El problema del valor en la filosofía*. Moscú-Leningrado, 1966, p. 79 (en ruso).
- 257 En los últimos años esta tendencia ha sido en parte superada por la llamada "sociología del conocimiento" que, entre otras cosas, reconoce la influencia de los factores valorativos en el proceso de conocimiento. Sin embargo, tampoco aquí se llega a comprender la verdadera dialéctica de la interrelación entre estos dos procesos: o bien se absolutiza la influencia de los factores valorativos, o bien, reconociendo su influencia, se plantea la necesidad de abstraerlos del proceso cognoscitivo, o bien, por último, se sitúan en un mismo plano factores de tipo objetivo y subjetivo, social e individual. (Según H. Neisser, por ejemplo, igual importancia en el condicionamiento social del conocimiento tienen los factores materiales (actividad práctico-material) y espirituales, los factores sociales y psicológico-individuales. Ver: L.E. Jorut: "Tendencias contemporáneas de la sociología burguesa del conocimiento," en el libro *Naturaleza social del conocimiento*. Moscú, 1979, pp. 208-209 (en ruso).
- 258 Ver, por ejemplo: J. Dewey; *Reconstrucción in Philosophy*. N.Y. 1949, p. 128.
- 259 Ver: V.I. Lenin: *Obras escogidas* en 12 tomos. Tomo 5 p. 17.
- 260 G.G. Kirilienko y E.V. Scevtosov: "Acercas de la correlación de los enfoques valorativo y científico en la apropiación espiritual del mundo," en el libro *La creación y el conocimiento social*. Moscú, 1982, p. 153, (en ruso).
- 261 V.I. Lenin: *Obras completas*. Editorial Progreso, t. 2, p. 571.
- 262 T. Kuhn: *La estructura de las revoluciones científicas*. Moscú, 1975, p. 126 (en ruso).
- 263 A.M. Korchnov y V.V. Mantatov: *Reflejo, condicionalidad, convencionalismo*. *Filosofskie nauki*, 1976, no. 5, p. 72 (en ruso).
- 264 C. Marx y F. Engels: *Obras*, 2da edición, t. 26, parte 2, p. 125 (en ruso).
- 265 C. Marx: *El capital*, tomo I. La Habana, 1973, p. 554.
- 266 V.I. Lenin: *Obras completas*. Editorial Progreso, t. 2, p. 232.
- 267 V.I. Lenin: *Obras completas*. Editorial Progreso, t. 17, p. 43 (Es necesario señalar que el verbo ruso "otzenit", que es el que Lenin aquí y en otros lugares utiliza, se traduce indistintamente al español como "valorar", "evaluar", "enjuiciar" o "apreciar". De aquí la selección de esta cita por nosotros).
- 268 V.I. Lenin: *Obras completas*. Editorial Progreso, t. 27, p. 98.
- 269 I.T. Frolov: *Las perspectivas del hombre*. Moscú, 1979, p. 237 (en ruso).
- 270 Ver: C. Marx y F. Engels: *Obras*, t. 12, p. 728 (en ruso).
- 271 V.I. Lenin: *Cuadernos filosóficos*. La Habana, 1979, p. 188.
- 272 M.V. Diomin: *Análisis de la estructura de la conciencia*. Moscú, 1980, p. 17 (en ruso).